



Disparidades multidimensionales y el límite de la pobreza monetaria: un análisis de las condiciones de vida

Florencia Betancor, Magíster en Políticas Públicas, Universidad Católica de Uruguay; Barbara Boggiano, Ph.D. Economics, University of Leicester, UK, académica Facultad de Economía y Negocios, UAH; y Carlos Díaz, Ph.D. in Economics, Maxwell School of Syracuse University. Director Departamento de Economía, Facultad de Economía y Negocios, UAH.



La insuficiencia del umbral monetario como medida única

La medición de la pobreza ha estado dominada históricamente por el enfoque monetario, un marco que define una "línea de pobreza" basada en el ingreso mínimo necesario para adquirir una canasta básica de bienes y servicios. Aunque este método facilita comparaciones internacionales y el seguimiento de metas globales, como los Objetivos de Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas, presenta limitaciones críticas al reducir un fenómeno inherentemente complejo a una sola cifra. Al centrarse exclusivamente en el flujo de dinero, el enfoque unidimensional omite dimensiones fundamentales del bienestar humano, tales como la calidad de la vivienda, el acceso a la educación, la salud y la seguridad social.

Esta simplificación genera un escenario donde individuos cuyos ingresos se sitúan técnicamente por encima de la línea oficial pueden, de hecho, enfrentar privaciones materiales severas que comprometen su desarrollo a largo plazo. En consecuencia, la distinción binaria entre "pobre" y "no pobre" suele ser más una convención estadística que una representación fiel de la realidad social. Como señalan diversos autores en la literatura sobre capacidades, la pobreza no es solo la falta de ingresos, sino la privación de capacidades básicas que permitan a las personas llevar una vida digna.

El método del "Gemelo Social": Una innovación metodológica

Para abordar esta brecha, nuestra investigación introduce un método que integra

la métrica monetaria con una perspectiva multidimensional detallada. Utilizando datos representativos de la Encuesta Continua de Hogares (ECH) de Uruguay, aplicamos una técnica de “emparejamiento” o matching diseñada para identificar parejas de personas con perfiles de vida prácticamente idénticos, pero situadas en lados opuestos de la línea de pobreza.

El procedimiento se estructura en dos etapas técnicas para garantizar el máximo rigor. En la primera fase, se realiza un emparejamiento exacto para 19 variables categóricas, asegurando que los individuos comparten las mismas características en dimensiones como el material del piso, el tipo de saneamiento o la asistencia escolar. En la segunda fase, se aplica un emparejamiento óptimo basado en la métrica de Mahalanobis para variables continuas, como los años de educación, lo que permite identificar al “vecino más cercano” en términos de capital humano. Este enfoque permite que las condiciones de vida de los propios individuos definan los estándares de comparación, evitando así umbrales de privación arbitrarios y permitiendo una comunicación de resultados más intuitiva.

Evidencia de una frontera difusa en el bienestar

Los hallazgos en el caso uruguayo revelan una realidad social sumamente heterogénea que desafía las clasificaciones tradicionales. El resultado más destacado de la investigación indica que el 59% de las personas clasificadas oficialmente en situación de pobreza monetaria tienen una contraparte “no pobre” que vive en condiciones de vida virtualmente iguales. Al proyectar estos datos a nivel nacional, esta cifra representa a más de 181.000 personas que habitan en una zona de fragilidad multidimensional, compartiendo las mismas carencias habitacionales y laborales que la población bajo la línea.

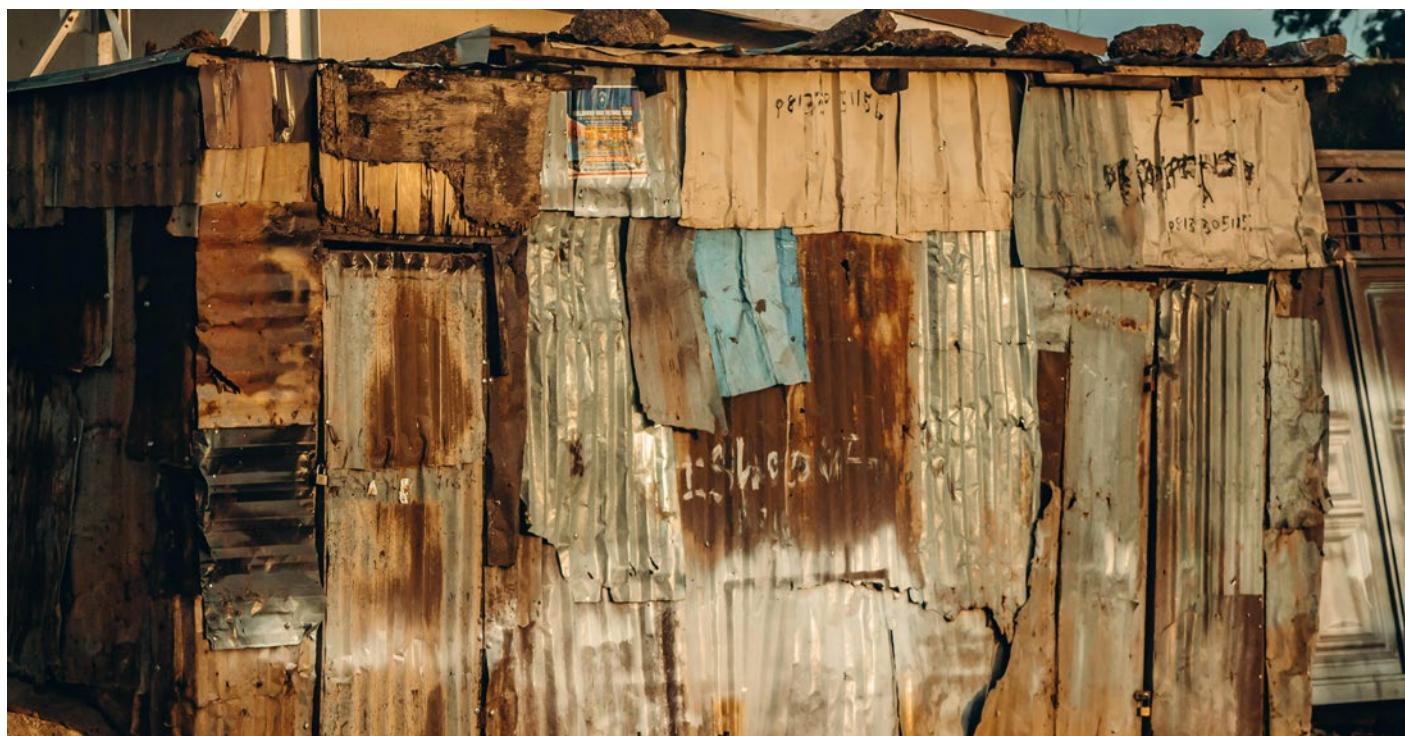
Esta convergencia sugiere que la frontera monetaria es, en la práctica, un límite poroso. En esta “zona de frontera”, la distinción entre ser pobre o no pobre es a menudo nominal y contingente. El análisis de las distribuciones de ingresos muestra que la mayoría de los “gemelos sociales” no pobres poseen ingresos que se sitúan muy cerca del umbral oficial, lo que implica que una variación mínima en el ingreso mensual —cau-

sada por una enfermedad, la pérdida de un empleo informal o la inflación— es lo único que separa a estos hogares de la clasificación de pobreza estadística.

Dimensiones de la vulnerabilidad estructural

El análisis detallado de seis dimensiones críticas —salud, educación, empleo, vivienda, conectividad y confort— permite identificar con precisión dónde se concentran las mayores deudas sociales en la región. Mientras que en áreas como el acceso a la energía eléctrica o la cobertura básica de salud las diferencias entre grupos son menores, las brechas se ensanchan drásticamente al observar la calidad del empleo y la inserción digital.

Muchos de los individuos clasificados como “no pobres” pero emparejados por sus privaciones carecen de empleos formales y de la protección de la seguridad social. Esta precariedad laboral significa que, aunque su ingreso diario supere el umbral mínimo, no cuentan con redes de seguridad ante crisis económicas o personales. Por otro lado, la conectividad digital emerge como una nue-





“La medición de la pobreza a través del ingreso es una herramienta técnica necesaria y replicable, pero es insuficiente para describir la complejidad de las trayectorias de vida de la población”

va frontera de la desigualdad; la ausencia de internet y dispositivos informáticos en el hogar limita severamente las oportunidades de búsqueda laboral y de rendimiento escolar, perpetuando ciclos de exclusión tanto para quienes están bajo la línea como para quienes apenas logran superarla.

Un hallazgo particularmente sensible es la existencia de un “núcleo duro” de pobreza, compuesto por el 41% de la población pobre que no pudo encontrar un equivalente entre

los no pobres. Este grupo enfrenta privaciones estructurales tan profundas –principalmente en la calidad crítica de la vivienda y el equipamiento básico– que se encuentran efectivamente desconectados de los estándares de vida del resto de la sociedad.

El impacto crítico en la infancia y la juventud

La investigación pone un énfasis particular en la sobrerepresentación de los meno-

res en las situaciones de mayor privación. Los datos revelan que la pobreza infantil tiene un carácter mucho más estructural y persistente que la de los adultos. Mientras que el 63% de los adultos pobres encuentran un “gemelo social” no pobre, esta cifra desciende significativamente entre los menores de 18 años, donde el 46% de ellos se encuentra en el núcleo de pobreza dura sin contraparte.

La situación es especialmente crítica en la primera infancia (niños de 0 a 4 años), donde casi seis de cada diez menores en situación de pobreza habitan hogares con privaciones tan severas que no tienen paralelo en la población no pobre. Para este grupo, la superación de la pobreza no depende únicamente de incrementos marginales en el ingreso familiar, sino de una transformación integral de su hábitat y del acceso a servicios públicos de calidad que logren romper la herencia de la vulnerabilidad estructural.

Dinámicas de ingresos y cercanía económica

El análisis de la brecha de ingresos entre los grupos emparejados ofrece una perspectiva adicional sobre la fragilidad de la línea de pobreza. Al observar la distribución relativa al umbral, se confirma que la mayoría de los casos de “gemelos sociales” se concentran en las proximidades de la línea.

Específicamente, el 74% de los pobres emparejados tienen ingresos situados apenas un 30% por debajo del umbral de pobreza. En el otro lado de la frontera, el 70% de las unidades no pobres emparejadas poseen ingresos que no superan el doble del valor de la línea de pobreza. Esta cercanía monetaria contrasta con las brechas multidimensionales masivas que separan a estos grupos del resto de la población no pobre. El hecho de que individuos con niveles de ingreso tan similares enfrenten barreras de vida idénticas refuerza la idea de que la pobreza debe ser entendida como un gradiente continuo y no como un estado binario de “tener” o “no tener”.

Implicancias para la política pública en el Cono Sur

La evidencia presentada sugiere que depender exclusivamente del ingreso monetario para definir la elegibilidad de los programas de protección social genera importantes errores de exclusión. Miles de hogares con perfiles de necesidad idénticos a los de la población pobre quedan fuera del radar estatal simplemente por variaciones mínimas en su capacidad de consumo mensual.

En países como Chile, donde el sistema de protección social ha avanzado hacia la medición multidimensional (Encuesta CA-SEN), pero donde la asignación de muchos subsidios sigue anclada a los ingresos del Registro Social de Hogares, el concepto de "vulnerabilidad de la clase media" resuena con estos hallazgos. Al igual que en Uruguay, una parte considerable de la población chilena que ha superado estadísticamente la pobreza monetaria mantiene una fragilidad estructural latente en materia de salud, pensiones y calidad de la vivienda.

Para avanzar hacia políticas más justas y efectivas, es imperativo transitar desde umbrales rígidos hacia un enfoque de "ventanas de vulnerabilidad". Esto implica ajustar los criterios de focalización para capturar no solo a quienes carecen de ingresos hoy, sino a quienes enfrentan privaciones estructurales que los exponen a riesgos constantes de caída. Reconocer que el ingreso refleja la liquidez de corto plazo, mientras que la multidimensionalidad revela las barreras estructurales de largo plazo, es el primer paso para diseñar intervenciones que aborden las raíces profundas de la desigualdad.

Conclusión: Hacia una mirada integral de la equidad

La medición de la pobreza a través del ingreso es una herramienta técnica necesaria y replicable, pero es insuficiente para describir la complejidad de las trayectorias de vida de la población. El análisis multidimensional, reforzado por métodos de emparejamiento, permite identificar zonas de fragilidad que permanecen ocultas bajo el velo de los promedios monetarios, protegiendo

especialmente a grupos vulnerables como la infancia.

Aprovechar la sólida base de información social disponible en el Cono Sur para construir diagnósticos más precisos es un paso clave hacia sociedades más integradas. La pobreza no se resuelve únicamente con decretos estadísticos, sino a través del reconocimiento de su multidimensionalidad y la implementación de políticas que garanticen derechos fundamentales más allá del mercado. Lograr que el bienestar de las familias deje de ser una cifra estática para convertirse en una realidad garantizada es el mayor desafío de la política social contemporánea. **OE**

